



CONDICIONANTES ESPACIO-TEMPORALES DE LA CONVERSIÓN CRISTIANA EN SAN JUSTINO MÁRTIR

MARCELO MERINO

San Justino, grande entre los apologistas del siglo II, fue educado en el paganismo¹, pero siempre experimentó el deseo de alcanzar la definitiva verdad. Ese vivo anhelo será el móvil de toda su vida y la clave hermenéutica de sus escritos. En efecto, las ansias de poseer la verdad le llevarían bien pronto a frecuentar las diversas escuelas de su tiempo, como él mismo recuerda en las primeras páginas del *Diálogo con Trifón*². A partir de su conversión al cristianismo, Justino se presentará siempre como «uno de tantos cristianos perseguidos»³. Ese título, juntamente con el de filósofo, será el único motivo, aunque suficiente, para abrir una escuela y transformarse él mismo en orientador de cuantas personas deciden ser sus discípulos.

La lectura atenta de las obras del apologista de Flavia Neápolis desvela aquellos hilos conductores de su pensamiento. La escuela estoica, los peripatéticos y pitagóricos dejarán su huella en los escritos de Justino, aunque el buen nombre y las enseñanzas de Platón serán las que de una manera más honda calarán en la inteligencia del filósofo cristiano. Pero a la hora de hacer cualquier análisis de la obra literaria justinea no se puede olvidar la faceta que se descubre en todas sus páginas: la conversión a la religión cristiana. Esta es la perspectiva que mayormente desvelan sus escritos. Precisamente, nos ha llamado poderosamente la atención que entre los estudiosos de nuestros días no sea esa veta, como ya hemos indicado en otro trabajo

1. Cfr. A. BERY, *Saint Justin: sa vie et sa doctrine*, Paris 1911; V. DEROCHE, *La pensée de Justin: la philosophie, chemin vers le Christ*, en «Axes» 14 (1982) 11-20.

2. Cfr. JUSTINO, *Dial.* 2, 3. Seguimos la edición de C. Th. E. OTTO, *Corpus Apologetarum Christianorum saeculi secundi*, vol. I, Wiesbaden 1969.

3. JUSTINO, *Dial.* 1, 3.

anterior⁴, la que haya producido los mejores frutos. Y no nos referimos exclusivamente al campo lingüístico —donde una rápida lectura de los escritos auténticos de nuestro autor evidencia las transformaciones sufridas del griego clásico por mor de la influencia de las sagradas escrituras—, ni tampoco a la conciencia de novedad de que está poseída la obra literaria de Justino, manifestada en el deseo de presentar la nueva doctrina cristiana con lenguaje regresivo en tantas ocasiones⁵; sino que lo que realmente produce una cierta perplejidad es la carencia de estudios modernos con perspectiva teológica sobre el concepto de conversión en la obra del apologista cristiano.

La lectura que aquí presentamos pretende aportar algunos aspectos en el mencionado sentido, pues pensamos que ésa es la finalidad primera del apologista cristiano al escribir: defender las verdades que integran el cuerpo doctrinal de su fe, a la vez que manifiesta los límites temporales en que se mueven dichas verdades. Somos conscientes de la parcialidad de nuestro trabajo, pero a la vez, las anteriores publicaciones que hemos realizado sobre este mismo tema nos excusan de repetir aquí aspectos y perspectivas ya tratados anteriormente. Remitimos, pues, a algunas de nuestras anteriores investigaciones⁶. En la presente ocasión nos ocuparemos tan sólo de presentar los condicionantes espacio-temporales en que tiene lugar la conversión cristiana; siempre, claro está, conforme se desprende de los escritos auténticos de Justino mártir. Y más concretamente, desde la óptica que da la fe que el convertido está obligado a aceptar y que tiene su tiempo propio antes del día del juicio.

1. *La conversión cristiana como actividad del hombre*

Se entiende bien que la conversión cristiana sea una actitud constante

4. Nos referimos a una investigación ya publicada hace algún tiempo, cfr. M. MERINO, *La conversión cristiana. El concepto «ἐπιστρέφειν» y «μετανοεῖν» en San Justino*, en «*Studium Legionense*» 20 (1979) 91-126.

5. Así, Justino evita sistemáticamente, unas veces por objetivos apologéticos y otras por motivos de táctica pedagógica, los términos con específico matiz cristiano, y por ello elude en muchas ocasiones temas teológicos concretos; evita igualmente muchos neologismos, y utiliza, por el contrario, términos genéricos. Claro exponente de lo que advertimos es el término «συγγράματα», que designa, en nuestro autor, a los Evangelios (cfr. *Apol.* 66, 3; 67, 3).

6. Junto a la ya citada en la nota cuarta, podemos añadir: M. MERINO, *La conversión cristiana en relación con la fe y el sacramento del bautismo según San Justino*, en P. RODRÍGUEZ (Dir.), *Sacramentalidad de la Iglesia y Sacramentos*, Pamplona 1983, pp. 683-699; ID., *El pecado de injusticia en San Justino Mártir*, en J. SANCHO (Dir.), *Reconciliación y Penitencia*, Pamplona 1984, pp. 481-492; ID., *Los caminos de la conversión cristiana en el pensamiento de San Justino Mártir*, en «*Revista Agustiniana*» 82-83 (1986) 117-146.

en el hombre que decide responder a la llamada divina, orientando su existencia entera hacia Dios, sin que nada de la vida humana permanezca lejos de esa relación con El. La vida del cristiano es una, no existe división entre sus creencias y las obras que el hombre convertido realiza, entre su vida intelectual y su actuar en el mundo. Por ello, dirá Justino: «El que cree que nuestras enseñanzas son verdaderas, y se ha lavado en el baño de la remisión de los pecados y la regeneración, vive conforme a lo que Cristo nos enseñó»⁷.

Esa *διδαχή* es la fe misma —objetiva y subjetivamente considerada—, que da al hombre el nombre de cristiano⁸. El texto de la *Apología* no debe ser más explícito. El *Diálogo con Trifón*, en cambio, destinado a lectores judíos y cristianos, le permite explicarse más abiertamente:

«El Verbo de Dios habla con los que creen en El como si formaran una sola alma, una sola sinagoga, una sola Iglesia, la Iglesia que de su nombre nace y de su nombre participa, pues todos nos llamamos cristianos...»⁹.

No parece extraño, en una mirada poco crítica, que el apologista utilice indiferentemente los términos «sinagoga» e «iglesia», pues habla con un judío y no hace otra cosa que emplear vocablos comunes para designar unas realidades conocidas por ambos: reunión, asamblea o congregación. En verdad, pudiera existir aquí la ocasión querida por el apologista para hacer entender a su interlocutor que el pueblo cristiano ha venido a ocupar, en la elección de Dios, el puesto del pueblo judío. Pero ésta sería otra perspectiva de estudio que sobrepasa los límites de nuestras páginas. Lo que aquí nos importa resaltar es que se trata de dos realidades históricas muy concretas.

La columna vertebral que parece sostener toda la apologética del siglo II de la era cristiana, es la tendencia por insertar racionalmente la revelación divino-positiva en la Historia y en el contexto humano. Como buen contribuyente a esa finalidad, Justino emplea, en cuanto a la forma, la crítica filosófica de las religiones y la fuerza racional de las profecías y, respecto al contenido, la noción de *Verbo de Dios* que une la concepción filosófica del mundo a la idea de una revelación en el mundo¹⁰. Así, pues, el interés prioritario

7. JUSTINO, *Apol.* 66, 1.

8. Los herejes —afirma nuestro autor— son llamados también cristianos, mas únicamente por aquellos motivos por los que los filósofos se llaman a sí mismos filósofos, aunque sus doctrinas sean contradictorias entre sí (cfr. *Apol.* 26, 6).

9. JUSTINO, *Dial.* 63, 5.

10. Cfr. G. JOSSA, *La teologia della storia nel pensiero del secondo secolo*, Morano 1965; M. RUIZ JURADO, *El concepto «mundo» en los tres primeros siglos de la Iglesia*, en «Estudios Eclesiásticos» 51 (1976) 79-94.

rio del apologista de Flavia Neápolis es hacer entender al judío Trifón que el encuentro entre el Logos divino, que «habla con los que creen en El, formando una sola sinagoga, una sola Iglesia», se desarrolla durante un espacio de tiempo bien determinado. Qué período sea ése es el que tratamos nosotros de investigar.

Ya una primera aproximación nos viene dada mediante la expresión «con los que creen en El» (τοῖς εἰς αὐτόν πιστεύουσιν)¹¹. Por el contexto inmediatamente anterior a la expresión citada del apologista conocemos la referencia incontestable del complemento directo —αὐτόν—: el «Verbo de Dios», el «Hacedor del mundo»¹². No obstante, lo que más interesa a nuestro objetivo es dejar bien sentado el sujeto del término verbal utilizado por Justino, y es condición indispensable para ello que nos detengamos brevemente en la forma verbal misma.

Como es bien sabido, el sustantivo πίστις, del que deriva la forma verbal que nos ocupa y que supone toda conversión cristiana¹³, actúa sobre el entendimiento y la voluntad del hombre¹⁴, compromete la persona entera del ser humano¹⁵. La «fe» de Justino no es únicamente la recitación de una doctrina, el aceptar intelectualmente unas teorías sobre aquello que el hombre desconoce; más bien la fe supone, en los escritos del apologista, un movimiento de toda la persona humana, es como un viraje de todo el hombre hacia una existencia nueva, hacia una vida que cae dentro del horizonte divino. Creer, pues, es confiar de Dios, que sostiene al hombre durante su vida terrena.

La acción de creer se encuentra detallada en la obra literaria del apologista mediante contenidos y conceptos que expresan no sólo el cambio radical y absoluto que la conversión cristiana —que se identifica con la aceptación de la fe— comporta, sino también los límites temporales en que debe realizarse. Así, por ejemplo, la «aceptación de la doctrina de Cristo» se refie-

11. JUSTINO, *Dial.*, 63, 5.

12. Sería interesante la digresión sobre el uso del complemento directo y no el indirecto, como la traducción castellana hace pensar en un primer momento, pero nos llevaría más allá de nuestros deseos.

13. Cfr. JUSTINO, *Dial.* 13, 4; 138, 3; etc.

14. *Ibidem*, 4, 5.7; 44, 4; 53, 6; 69, 1; 100, 5; 121, 2; etc. Cfr. J. MORALES, *Fe y demostración en el método teológico de San Justino*, en «Scripta Theologica» 17 (1985) 869-896.

15. En el griego clásico, πίστις significa principalmente la confianza que una persona tiene puesta en otra y que, en cierta medida, liga a ella (SÓFOCLES, *Edipo* 1445); designa también la «buena fe» de un individuo, su fidelidad (PLATÓN, *República* 505). Sobre la morfología de este vocablo griego, cfr. J. HOLT, *Les Noms d'action en -ΣΙΣ (-ΤΙΣ)*. *Etudes de linguistique grecque*, Aarhus 1940, fundamentalmente las pp. 36-64.



re a la asimilación personal de puntos concretos sobre la castidad, el amor hacia el prójimo, la pobreza, el servicio a los demás, la veracidad, etc.¹⁶. Todos esos conceptos, como objetivos positivos a los que alcanza la fe, manifiestan, a su vez, el alcance espacio-temporal de la conversión cristiana.

Otra concreción de la πίστις, según Justino, la constituye la «confesión de Cristo»¹⁷. La ὁμολογία ha de ser explícita, realizada mediante una determinada forma de actuar y de hablar. En este sentido objetivo también la «confesión» posee cierta similitud con la μετάνοια: ambas exigen un renunciar a determinadas conductas y una adhesión total a Cristo¹⁸. La «confesión de fe», desde el punto de vista humano, no es más que una exteriorización, ante otras personas, de la conversión que se ha operado en el interior del hombre.

Finalmente, la «observancia de la ley» es una expresión más del apologeta cristiano para determinar con exactitud la fe a la que alude el verbo πιστεύειν. El que ama a Dios con todo su corazón y con toda su fuerza, argüirá Justino retomando algunos motivos joanneos (cfr. *Iob* 5, 1-5), debe cumplir los mandamientos divinos, que son a la vez estímulos y recuerdos que facilitan la entrega total a Dios. La conversión cristiana es imposible sin el cumplimiento fiel de esos preceptos, y al mismo tiempo, dicho cumplimiento abarca el corazón —interioridad— y la conducta —exterioridad— del entero ser del hombre.

Conforme a los aspectos estudiados, podemos concluir que la conversión cristiana lleva consigo, entre otros, el de creer en Jesucristo. Pero hay que tener en cuenta que la actividad propugnada por el verbo πιστεύειν únicamente puede ser ejercida por la inteligencia y voluntad humanas durante su vida terrena¹⁹. Esas matizaciones espacio-temporales son igualmente puestas de manifiesto por otras expresiones que determinan el acto de creer, según el autor del siglo II. Así, la conducta que se exige al hombre que ha decidido convertirse, viene delimitada por la «aceptación de la doctrina de Jesucristo», la «confesión de Cristo» —en sentido objetivo— y la «observancia de la ley». En realidad, las tres expresiones pudieran ser consideradas como sinónimas, aunque posean matizaciones diversas; no obstante tienen el deno-

16. Cfr. JUSTINO, *Apol.* cc. 15 y 16 primordialmente; *passim*.

17. Cfr. ID., *Apol.* 4, 6; 8, 2; *Apol.* 13, 2; *Dial.* 131, 2-3; etc.

18. Cfr. *Id.*, 108, 2.

19. Entre las múltiples acepciones que encierra el término πιστεύω en el lenguaje religioso existe una que no quisiéramos pasar por alto; nos referimos a la de «renunciar al mundo». Parece lógico, pues, concluir que dicha forma verbal haga referencia a la realización de dicha característica durante la permanencia del hombre en esta vida presente, ya que en la futura no hay posibilidad alguna de realizar la significación de dicho término griego.

minador común de señalar que la conversión cristiana, que incluyen, debe ser realizada durante la vida terrena del ser humano.

2. *Término temporal de la conversión cristiana*

Hasta el momento hemos visto cómo la conversión cristiana, desde la perspectiva humana, se extiende a la vida misma del hombre; es decir, la *μετάνοια* es la condición permanente del caminar del hombre hacia Dios. En ella se comprenden todas aquellas actividades que el ser humano puede realizar durante el tiempo de esta vida terrena. Se trata, pues, de una tarea para siempre, y que abarca a todo el ser humano y a todas sus realizaciones.

Por lo que respecta a su duración, o mejor dicho a la temporalidad de su realización, existen unas palabras en el apologista cristiano que no dejan lugar a dudas:

«Notad... cómo llama Dios a penitencia (*εἰς μετάνοιαν*) antes de venir el día del juicio»²⁰.

Las expresiones «día del juicio» o «tiempo del juicio»²¹ pueden ser entendidas, desde la óptica cristológica, como la segunda venida de Cristo. Por lo que se refiere al hombre, el día o tiempo del juicio es el acontecimiento que sucederá inmediatamente después de su vida terrena. Advertimos que los textos de Justino no hacen explicitación manifiesta sobre la distinción entre el juicio particular y el universal, ni respecto a la muerte.

En realidad el texto del apologista únicamente hace referencia a que la llamada a la conversión tiene lugar antes del día del juicio. Con otras palabras: alude a la iniciativa divina en la conversión cristiana del hombre, que no tiene otra posibilidad para su realización más allá del «día del juicio». Pero cabría preguntarse si la respuesta humana a dicha iniciativa divina podría tener lugar en la otra vida. El mismo Justino da la solución al interrogante: «En resumen —afirma el apologista—, más os valiera poner fin a vuestra porfía y hacer penitencia (*μετανοήσατε*) antes de que llegue el día grande del juicio, en el que se darán golpes de pecho todos los de vuestras tribus»²².

El interlocutor cristiano de Trifón no se detiene en afirmar tan sólo que la llamada de Dios a la conversión cristiana tiene como única posibilidad

20. JUSTINO, *Apol.* 40, 7.

21. Cfr. ID., *Dial.* 38, 2; 5, 3.

22. *Ih* 118, 1.



el tiempo anterior al día del juicio; sino que con idéntica claridad afirma que la respuesta del hombre a dicha llamada tiene como término igualmente el día del juicio. Parece pues, que existe una correlación temporal, por lo que al término final se refiere, entre la llamada divina y la respuesta por parte del hombre en orden a la conversión de éste último.

Pero todavía hay más. Podría pensarse que ese término final, concretado en el día del juicio, fuera tan sólo de conveniencia o interés. En este sentido, el día o tiempo del juicio señalaría el momento final para una mejor conversión cristiana, como si, después del mencionado límite, pudiera darse una conversión de menor categoría o con efectos de inferior grado que la que pudiera darse anteriormente al momento señalado. Para que no exista ningún tipo de duda Justino escribirá igualmente: «Este tiempo breve os queda para adheriros a nosotros; si Cristo se os adelanta en su venida, en vano os arrepentiréis, en vano lloraréis, porque ya no os escuchará»²³.

El cristiano de Flavia Neápolis y Trifón dialogan en la presente ocasión sobre diversos aspectos de la circuncisión. El judío, dado el interés del tema, exige toda clase de explicaciones y arguye con palabras del profeta Isaías²⁴, para demostrar a Justino que la circuncisión ordenada por Moisés es la única puerta para entrar en el pueblo escogido. Por su parte, el apolo-gista cristiano, también con palabras del mismo profeta²⁵, aclara a Trifón que la circuncisión verdadera, la que ciertamente desea Dios, es la interior, la espiritual, la significada por el bautismo cristiano.

De otra parte, el texto de Justino y su contorno literario se mueven en una perspectiva clara de conversión. En efecto, si atendemos a la terminología utilizada, captaremos con mayor exactitud esa perspectiva. De un lado, encontramos que el apolo-gista ruega a Trifón y a sus acompañantes que se adhieran a los cristianos. El apolo-gista se sirve del término *προσηλύσεως* (prosélito, advenedizo) para poner de relieve la diferencia entre unos y otros, es decir, entre los cristianos y todos aquellos que aún no han aceptado la conversión cristiana. Un paso es el que tienen que dar Trifón y los suyos para adherirse a Justino y a sus hermanos. Ese «paso» es el señalado por el apolo-gista como el característico de la conversión cristiana²⁶. En segundo lugar,

23. *Ib.* 28, 2.

24. Cfr. *ib.*, 27, 1 (*Is* 58, 13-14).

25. Cfr. *ib.* 27, 2 (*Is* 3, 16).

26. Justino distingue perfectamente entre *πιστευοντες* y *προσήλυτοι* (cfr. *Dial.* 122, 2). Entre los estudios contemporáneos pueden verse: J. DANIELOU, *Circuncisión et Baptême*, München 1957; A. COLUNGA, *La circuncisión y el Bautismo*, Madrid 1962, pp. 293-303.

este mismo ambiente de conversión nos es dado a entender mediante el empleo de la forma verbal μετανοήσετε.

Así, pues, nuestro autor se esfuerza por aclarar que la posibilidad de conversión acaba con la venida de Cristo, según puede verse en el texto más arriba citado. Pero será conveniente preguntarse: ¿a qué venida se refiere allí el apologista cristiano? Justino distingue dos venidas de Cristo²⁷: la primera aquella «en que se anunciaba que aparecía pasible»²⁸; la segunda, «como juez de todos los hombres»²⁹. Según sus propias palabras, parece con toda claridad que Justino esté refiriéndose en la presente ocasión a la segunda venida³⁰, pues la primera ya había tenido lugar, como lo demuestra repetidamente en varios lugares de su *Diálogo con Trifón*.

Los textos del apologista que hemos aducido, nos llevan a la conclusión de que la segunda venida de Cristo, o sea, el día del juicio, señala el hito que pone término final al tiempo que el hombre posee para arrepentirse de sus pecados y poder abrazar la fe cristiana. Pero hay más, Justino no se limita a señalar que el tiempo propicio para que los hombres se conviertan es lo que dura su vida terrena, sino que también revela cómo de nada sirve pensar en la posible conversión más allá del mencionado límite, es decir, en la otra vida. Así escribe: «Y entonces, sí, se arrepentirán (μετανοήσουσιν), cuando ya de nada les valdrá»³¹.

27. «Yo distingo dos advenimientos suyos: uno en que fue traspasado por vosotros; otro, en que reconoceréis a Aquel a quien traspasasteis (ID., *Dial.* 32, 2); «También los dos machos cabríos (cfr. *Lev* 16, 5) que se mandaba en el ayuno habían de ser iguales, uno de los cuales se hacía emisario y otro se destinaba al sacrificio, y eran anuncio de los dos advenimientos de Cristo...» (*Ib* 40, 4; cfr. *ib* 80, 4-5).

28. *Ib* 36, 1.

29. *Ibidem*. Cfr. ID., *Dial.* 45, 4; 49, 2; 110, 2. Sobre las dos venidas de Cristo y otros aspectos de la escatología en el apologista cristiano, pueden consultarse con provecho: O. GIORDANO, *Giustino e il millenarismo*, en «Asprenas» 10 (1963) 155-171; L. W. BARNARD, *Justin Martyr's Eschatology*, en «Vigiliae Christianae» 19 (1965) 86-98. A. O. WIELAND, *Die eschatologie Justins der Philosophen und Märtyrer. Eine Untersuchung zum Standort und zur Bedeutung der Eschatologie bei griechischen Apologeten des Zweiten Jahrhunderts*, Innsbruck 1969; A. FERNÁNDEZ, *La escatología en el siglo II*, Burgos 1979, pp. 91-161.

30. El término παρουσία se encuentra veintinueve veces en los escritos de nuestro apologista, de las que veintiuna se refieren a la «segunda venida» y las restantes, de un modo o de otro, hacen relación a esa venida y presentación gloriosa del Señor (cfr. JUSTINO, *Apol.* 52, 3; *Dial.* 31, 1; 32, 2; 35, 8; 36, 6; 40, 4; 44, 4; 49, 2, 7, 8; 51, 2; 54, 1; 69, 7; 110, 2, 5; 111, 1; 118, 2; 120, 3, 4; 121, 3).

31. JUSTINO, *Apol.* 52, 9.

En el contexto de las palabras citadas, Justino muestra a los destinatarios de su primera Apología cómo la doctrina cristiana —acusada de innovadora— es anterior a las opiniones propuestas por los más antiguos es critores paganos³²; para ello confronta los distintos sistemas filosóficos de aquellos autores con la doctrina emanada de las escrituras sagradas. Luego describirá, en ocasiones con detalle, la doctrina cristiana, y concluye que el paganismo es la cara opuesta del cristianismo, porque aquél se basa en mitos y fábulas³³. Finalmente, unas palabras del profeta Ezequiel le servirán para recordar la segunda venida de Cristo, que juzgará a los hombres. «Entonces —escribe Justino— habrá en Jerusalén llanto grande, no llanto de bocas ni de labios, sino llanto de corazón; y no se rasgarán sus vestidos, sino sus almas»³⁴. Este pasaje habla del aspecto interior que es característico de la conversión cristiana. Así, pues, no sólo el empleo de la forma verbal μετανοήσουσιν que el apologista utiliza, sino también el contexto en el que se desarrolla habla de la misma realidad.

Podemos ya concluir afirmando que la conversión cristiana, entre otros aspectos, encierra unas limitaciones espacio-temporales bien determinadas. De un lado, la aceptación de la fe, que incluye esa transformación interior, hace referencia exclusiva a una interacción entre Dios y el ser humano. Este último, mediante sus facultades de entendimiento y voluntad, es la única creatura capaz de convertirse, en el sentido teológico del término. Además, las conrecciones de esa πίστις aluden a que la aceptación de la fe sólo es posible por parte del hombre mientras éste se encuentre en la vida terrena. Así lo manifiesta el desarrollo de los distintos procedimientos humanos en la aceptación de la fe en Cristo.

Por otra parte, determinados textos del apologista de Flavia Neápolis hacen mención explícita del momento que es señalado como término final para poder realizar la conversión cristiana. En efecto, el «día del juicio» manifiesta aquel momento; el posible arrepentimiento posterior no existe en rea-

32. *Ib* 32, 1.

33. *Ib* 51, 3.

34. *Ib* 52, 11.



lidad, puesto que no alcanzará sus objetivos. El empeño que Dios pone en la iniciativa de la conversión cristiana del hombre termina con el peregrinar de éste por la tierra, y la posibilidad que el hombre tiene de responder a esa llamada divina tampoco será posible más allá del momento señalado por ese juicio que el hombre ha de tener al tiempo de su muerte.

M. Merino
Facultad de Teología
Universidad de Navarra
PAMPLONA